

FENOMENOLOGÍA DE LOS MOVIMIENTOS REVOLUCIONARIOS EUROPEOS DEL SIGLO XIX EN LA OBRA DE PEREZ GALDOS

Manuel Moreno Alonso

Colegio Español de Londres

«Alarmante es la palabra Revolución. Pero si no inventáis otra menos aterradora, no tendréis más remedio que usarla los que no queráis morir de la honda caquexia que invade el cansado cuerpo de tu nación. Declaraos revolucionarios, discólos si os parece mejor esta palabra, contumaces en la rebelión. En la situación a que llegaréis andando los años, el ideal revolucionario, la actitud indómita si queréis, constituirán el único síntoma de vida. Siga el lenguaje de los bobos llamando paz a lo que en realidad es consunción y acabamiento... Sed constantes en la protesta, sed viriles, románticos, y mientras no vengáis a la muerte, no os ocupéis de *Mariclio*... Yo, que ya me siento demasiado clásica, me aburro..., me duermo...».

(Benito Pérez Galdós, *Episodios Nacionales, Cónovas*, final del último capítulo. Ed. *Obras Completas*, III, 1410).

En el último de los *Episodios Nacionales* que, en 1912, escribió Pérez Galdós, en *Cónovas*, no deja de ser significativo que sus últimas palabras expuestas en forma de mensaje testamentario aludan al significado de la Revolución tanto en su sentido semántico como real y vital. Es evidente que el autor finaliza la última serie de su inmensa obra con el pensamiento de que en España —¿y por qué no también en Europa?— la Revolución queda aún pendiente. Después de más de un siglo de revoluciones, el porvenir del mundo, y particularmente de España, dependerá de la solución revolucionaria entendida como afán de superación, esfuerzo individual, rebelión constante, ideal, actitud indómita. El legado principal del siglo XIX al XX culmina —si consideramos las palabras anteriores como la conclusión de la obra y las últimas del autor— con la Revolución, ya desprendida de su sentido alarmante anterior y como expresión del «único síntoma de vida».

La trayectoria revolucionaria del siglo XIX

Desde antes de 1789 lo que por encima de todo caracteriza al nuevo período histórico que se abre en Europa es justamente esa palabra «aterradora» de Revolución contra «el cansado cuerpo» de las viejas naciones del continente. Sin revolución no se hubiera producido la «modernidad» o, si preferimos utilizar el término decimonónico más genérico y aclamado, la libertad con todas sus implicaciones en el plano personal e histórico general. Con anterioridad a la época indicada no existía el concepto moderno de *revolución*. Nuestro *Diccionario de Autoridades*, por ejemplo, no conoce la palabra *revolucionario*, y las acepciones mencionadas del término *revolución* son muy diferentes de las de revuelta. La palabra se introduce en la historia del lenguaje y en la historia de los hechos justo en la época indicada, caracterizando todo el período histórico

subsiguiente, sobre el que precisamente Pérez Galdós situará la acción de sus *Episodios Nacionales* y de sus *Novelas contemporáneas*. El interés suscitado en España durante la época en que vive Galdós por el conocimiento apasionado y casi siempre parcial en favor o en contra de las luchas revolucionarias¹ es un claro reflejo de esta realidad, que aquél se propone «novelar». La historia de España, como la de Europa, en el siglo XIX no puede ser comprendida desprendiéndola de su carácter revolucionario por encima de todo. Los *Episodios Nacionales* de manera particular constituyen sin género de dudas la obra general de más valor emprendida por un español sobre esta trayectoria. Su mismo carácter de novela histórica le dota de unas posibilidades de análisis mucho más amplias que los escritos académicos sobre el tema. En su obra amplísima Galdós incorporó como protagonistas de su relato a numerosas personas históricas que se habían destacado como tratadistas incluso del fenómeno revolucionario tanto europeo como español², y a muchos de los cuales llegó a conocer personalmente.

La revolución como punto de partida del interés por el tratamiento histórico de «lo contemporáneo» en la obra de Pérez Galdós

Aunque Pérez Galdós tuvo «aficiones literarias desde el principio», y en el Instituto de Las Palmas fue «bastante aprovechado»³, su interés por la historia contemporánea surgió de su contacto en vivo con la realidad revolucionaria peninsular en torno a 1868, que tan amplias recursiones ejerció en la opinión pública⁴. En sus *Memorias* recordará que fue «en aquella época fecunda de graves sucesos políticos, precursores de la Revolución» cuando presenció como testigo el motín de la noche de San Daniel —10 de abril del 65—, la sublevación de los sargentos en el cuartel de San Gil o posteriormente de la «Gloriosa» que costó el trono a Isabel II⁵. En relación con los sucesos de España, se refiere Galdós en el mismo lugar a la gran impresión que produjo en él sus dos primeros viajes a Francia. El primero lo hizo en el verano de 1867 —tenía entonces 24 años— y fue decisivo: conoció la gran ciudad hasta el punto que «a la semana de este ajetreo ya conocía París como si éste fuera un Madrid diez veces mayor», descubrió a Balzac y fue testigo de la llegada a París de gobernantes y hombres de Estado de Europa que visitaban la Exposición Universal instalada en el Campo de Marte. Llegó a ver reiteradamente en medio de tantas revistas militares al Emperador Napoleón III —«figura en verdad poco napoleónica»— con su perilla y bigotes engomados según la moda del tiempo. La consecuencia literaria de este primer viaje fue su novela histórica *La Fontana de Oro*. Al año siguiente, en el verano del 68, volvió de nuevo a Francia, y a su regreso —en los últimos días de septiembre— se encontró en Barcelona «de manos a boca» con la Revolución de España. En la «bullanga política» vio —y lo recordaba muchos años después— al Capitán General conde de Cheste paseando por la Rambla con actitud teatral que «dejaba en el público impresión semejante a la de los espectadores de una tragedia donde todo se expresa en versos fríos y retumbantes». Su familia, asustada del «barullo revolucionario», decidió al día siguiente partir para las Canarias, aprovechando que estaba en el puerto el vapor América. Desde éste nos dice que «presenciamos las

demasiás de la plebe barcelonesa, que se limitaron a quemar las casetas de Consumos. *Era una revolución de alegría, de expansión en un pueblo culto*». Ardiendo «en curiosidad por ver en Madrid los *aspectos trágicos* de la Revolución» consiguió de su familia que la dejaran en Alicante donde hacía escala el correo dando como pretextos el continuar sus estudios en la Universidad, y a las pocas horas tenía la «inmensa dicha» de ver entrar a Serrano en la Puerta del Sol.

Este encuentro de Galdós con la revolución será decisivo tanto por canalizar sus futuros puntos de interés como por centrarlos cronológicamente en lo contemporáneo. Con su reconocida sagacidad, fue ya el mismo Leopoldo Alas quien puso de manifiesto este hecho, indicando que «es posible que el propósito, al principio para el mismo Galdós oscuro, indeciso, de escribir la historia novelesca de nuestra *epopeya* nacional del presente siglo, fuese en parte como una derivación de aquel prurito activo del entusiasta de la revolución y del joven ensimismado... a quien se le ocurrían aquellas cosas raras. Hay también un modo de ser *hombre de acción* en el arte, y las novelas de Galdós revelan al artista de este género»⁶. El autor de los *Episodios Nacionales* es evidentemente hijo espiritual de la revolución de septiembre y entusiasta de sus principios democrático-burgueses⁷. Su talento, sin embargo, le llevó a diferenciar desde el primer momento el contenido «revolucionario», «a la española», de aquel movimiento, de la revolución «verdadera» y auténtica⁸. A diferencia de tantos cantores de la «Gloriosa» como proliferan en su tiempo⁹, Galdós descubre su carácter de «bullanga política» y el predominio «retumbante» del «chinchín de la música» que amalgamaba compases del *Himno de Riego* con la *Marsellesa*, y que parecía «más que radical, doméstica». Con todo, la impresión del acontecimiento revolucionario terminaba por fijar la atención de Galdós no en el pasado remoto sino en el «contemporáneo», en esa *época media*, «de lo que va de siglo», y que comenzaba en la guerra contra Napoleón¹⁰.

El siglo XVIII: los antecedentes de la Revolución

Cronológicamente, la «época media» de la que según el decir de Alcalá Galiano se ocupó en sus *novelas nacionales* Pérez Galdós fue el siglo XIX, el período contemporáneo que comenzaba con Napoleón y acaba con Cánovas a finales de siglo. Pero ni que decir tiene que la mayor parte de los protagonistas de los primeros *Episodios* y *novelas* había nacido en el siglo anterior, y como tal la época ésta, sin ser objeto de su tratamiento específico, afluye en sus páginas con frecuencia. Hasta cierto punto, la culpa de todo lo ocurrido con posterioridad en España durante el siglo XIX se había gestado en el anterior: «*De aquel innoble desaguisado tenían la culpa la Enciclopedia, Voltaire, D'Alembert, Diderot y toda la taífa precursora y actora de la infernal Revolución francesa... De aquella ciénaga desbordada venía la corrupción de las costumbres de esta pobre España*»¹¹. Las «modas francesas» y con ellas la irreligión, el descaro de la juventud, la falta de respeto a los mayores y el mucho votar, entre otras a juicio de un anciano personaje galdosiano, comenzaron a introducirse en España entonces¹². En todas las ciudades populosas, y especialmente en Cádiz, «que era entonces la más culta», había muchas personas *desocupadas*

al tanto de París¹³. En España —y ya en 1792— la primera consecuencia de la Revolución francesa fue la caída del Ministerio Floridablanca¹⁴, que marca el comienzo todavía algo lejano de la tempestad.

Con un tratamiento historiográfico más específico Pérez Galdós se ocupó del siglo XVIII —«que es en nuestra historia una de las épocas de más difícil estudio»— en su amplio trabajo sobre *Don Ramón de la Cruz y su época*, en el que de entrada señalaba sus dificultades: «la conclusión, la heterogeneidad, el carácter indeterminado con que se manifiestan sus principales hechos, la pequeñez relativa de sus hombres, son causa de que no se muestre accesible a la investigación, ni se preste a una síntesis clara»¹⁵. A su juicio era un «siglo de transición» en política, en artes, en literatura y en costumbres, que se presentaba como un período de «marasmo», en el que, no obstante, era necesario revisar el lugar común de que era «la causa de los males de todas clases que aún afligen a nuestra Sociedad, o si le debemos no haber caído en otros peores». En su opinión, «ignoramos si fue él quien nos trajo a nuestra actual postración o si, por el contrario, nos ha hecho seguir, aunque algo rezagados, la marcha de la civilización europea». De cualquier forma Galdós pensaba que fue muy distinto el ritmo de su poder transformador en España del de Francia, siendo larguísimo el plazo que media entre la *aniquilación* de la Casa de Austria y la guerra de la Independencia. Observación ésta de carácter fundamental, que lleva a don Benito a poner en duda el carácter prerrevolucionario y modernizador de esta centuria. Los puntos oscuros sobre esta época los achaca, con grandísimo sentido historiográfico, a la falta de trabajos históricos, pues «no hubo siglo más descuidado de nuestros historiadores, ni de ninguno nos hemos inquietado menos, a pesar de tenerlo tan cerca». Sin embargo, a su juicio, «no hay época más digna de estudio; de ella procedemos, y aunque una observación superficial no encuentra allí sino motivos de abatimiento y hasta de vergüenza, no conviene condenarla con ligereza, ni juzgarla con una mirada estrecha de intereses actuales o con el extraviado criterio del partido político». El siglo XVIII, como punto de partida de revolución en Europa, significó entre otros muchos aspectos señalados por el mismo Galdós: la perversión del sentido moral, la confusión de clases «sin resultar nada parecido a la igualdad», la relajación de las creencias religiosas, el conato de formar algo semejante a un orden administrativo, los «laudables empeños de adelantamiento material que se estrellan en los vicios inveterados de nuestras leyes, y en la organización de la propiedad», y el olvido de la Historia. Según el autor de *Los Episodios «se observaba el esfuerzo subterráneo de una revolución, de una fuerza desconocida que aspiraba a realizar considerable trastorno»*, y que como tal dicha revolución se inicia en los primeros años del siglo. Dará lugar a una época de oscuridad, de luchas y dudas, «que prevé en su instinto una revolución y no acierta a darle realidad, ni se atreve a intentarlo; que ve todo aquel pasado que se marcha y no comprende lo que ha de venir, ni se prepara a una nueva vida» mientras no pocos ilustrados hacían «ovillejos» en la Academia del *Buen Gusto*.

La experiencia revolucionaria de un personaje galdosiano

Un ejemplo en la obra galdosiana de fabulación de un personaje testigo fuera de España de los acontecimientos revolucionarios franceses y que, mu-

chos años después, evocaba aquellas imágenes, es la de Don Beltrán de Urdaneta¹⁶. Es el retrato del típico *gran conspirador*, nacido en 1758, y que cuando «echaba una mirada a todo lo que comprende el espacio entre esa fecha y este pícaro 36», gustaba decir que le llevaba once años a Napoleón y a Wellington que nacieron en el 69, al tiempo que su amigo Goya, el «pintor ubérrimo» le llevaba doce. Disipador durante toda su vida de lo suyo y de lo ajeno, no había hecho más que «darse buena vida en los Parises». En 1788 —un año antes al asalto de la Bastilla— pidió al Conde de Aranda una embajada y fue nombrado secretario de la de París, siendo testigo de *todos los sucesos de la Revolución* desde los Estados Generales hasta junio del 91 en que el rey fue detenido en Varennes. Cuando España retiró la Embajada de la capital francesa volvió con «casi todo el personal» para regresar nuevamente, y esta vez por motivos placenteros, en 1795, en pleno Directorio. Aunque Galdós, como es tan habitual en su estilo de narrar, interrumpe el relato para decir que «como no es mi objeto contarle a usted aquel incendio terrible, la Revolución, voy a mi cuento, y le sigo repitiendo que el 95 me fui a París en persecución de una hermosura sobrehumana...», no se resiste a darnos algunas pinceladas de la Francia postrevolucionaria: «¡Qué distinto de aquel París del 88, tan aristocrático, tan tónico y elegante, en medio de los sustos que ya ocasionaba la Revolución incipiente!». Según confesión personal de Don Beltrán la «sociedad del Directorio transformó completamente mis gustos», y allí continuó viviendo, llegando a ver entrar a Napoleón en París después de Austerlitz y asitiendo al entierro posteriormente de Josefina, que era «una lagarta»¹⁷. En la trayectoria de esta biografía galdosiana se advierte su contacto en vivo con la Revolución fuera de España y, habiendo nacido el protagonista a mediados del siglo XVIII, su experiencia es lo suficientemente dilatada como para examinar con perspectiva generacional «el espacio entre esa fecha y este pícaro 36». El autor de *Los Episodios* al adentrarse por los vericuetos de la historia tan sólo se pone un freno narrativo: el de procurar no abandonar el campo peninsular en que transcurren los acontecimientos, que no era su objeto. Y esta es a la limitación que está presente en su obra «nacional» en lo que respecta a las alusiones a la historia y a las revoluciones de otras naciones europeas.

La tradición republicana española

Consecuencia inminente del triunfo de la Revolución era la proclamación de la República, cuya significación *revolucionaria* produjo siempre pavor en España antes e incluso después de su primera experiencia histórica vivida plenamente y contada por Galdós¹⁸. Para éste la Revolución contaba con precedentes muy lejanos, que no tenían por qué buscarse en los sucesos de Francia de finales del siglo XVIII, tan diversamente comprendida por los españoles, muchos de los cuales la veían como el principio del mal de las cosas de España. Entre estos precedentes el autor de *Los Episodios* recordará la lucha contra los tiranos en Atenas protagonizada por Harmodio y Aristogitón, las sediciones de los Gracos o la decapitación de Carlos I de Inglaterra aparte naturalmente de la de Francia, en la que Robespierre y Danton «ya sabemos que cortaban cabezas como plumas»¹⁹. En todos los casos resultaba evidente que «la causa

del revolucionario más célebre en su tiempo fue un tejido de iniquidades y de absurdos jurídicos»²⁰. Pero a la vez se presentaba siempre como un mal necesario, como una *cirugía política, ya que la medicina está visto que no sirve para nada*: «amputación, hijo, pues no hay otro remedio»²¹. Y en este proceso España no podía ser una excepción porque el país pedía cambios a «grito herido», y porque «el país tiene mejor que nadie el instinto de su conveniencia»²². Y en este sentido la historia de España no carecía de ejemplos. En el caso particular, concretamente, de la *idea republicana* —tan revolucionaria de suyo y a la vez con una imagen tan aterradora— uno de los españoles de Galdós dirá que «a mí no me ha causado nunca terror esa palabra ni me aterra hoy». Y para probar la larga tradición republicana de España no dejará de citar a Padilla, Lanuza, las doctrinas del P. Mariana y, más recientemente, las obras de Semper y la proclamación de los derechos del hombre en las Cortes de 1810 por Muñoz Torrero²³. De esta forma Pérez Galdós, que muy bien conocía la tendencia española de veta casticista de despreciar lo extranjero²⁴, «españolizaba» tanto la práctica revolucionaria como la misma idea republicana. En España no hubo «salones» donde al estilo de Francia se preparara la revolución²⁵, aunque no faltaran desde luego los jóvenes educados en París que «afectaban a veces desprecio de su nación y la censuraban con acritud»²⁶, o los *democracios*, por los que entendían sus enemigos «un perdistís, un masón, un liberalote, un conspirador, un democracio»²⁷.

La revolución de Francia

Dado el plan cronológico y novelístico de la obra de Pérez Galdós, la Revolución Francesa de 1789 o, posteriormente, la época napoleónica o las mismas revoluciones de 1830 ó 1848 constituyen en puridad puntos de referencias fundamentales para dilucidar los acontecimientos nacionales. Se advierte siempre el interés del autor por aquellos hechos ultrapirenaicos pero tenía que atenerse al marco temático y espacial de la historia contemporánea española²⁸. El procedimiento habitual sin embargo para tratar de los movimientos revolucionarios extranjeros es el de introducir en ellos, con fundamento histórico o simple verosimilitud, a los españoles. Es el caso real, por ejemplo, del famoso abate utrerano Marchena, cuya personalidad era tan cara al novelista: «uno que pasa aquí por clérigo relajado, una especie de abate que habla más francés que español, y más latín que francés, poeta, orador, hombre de facundia y de chiste, que se dice amigo de madama Staël, y parece lo fue realmente de Marat, Robespierre, Legendre, Tallien y demás gentuza»²⁹. O del fabulado Santorcaz, quien después de algunas fechorías, se marcha a París, sumándose a la Revolución. Su entrada en la ciudad la hizo —según narra prolijamente— el 21 de enero de 1793, encontrándose en una gran plaza donde el pueblo estaba reunido para guillotinar a Luis XVI, y siendo uno de los que, al enseñar el verdugo al pueblo la cabeza, aplaudió como los demás gritando: «está muy bien hecho»³⁰. Junto con Marchena, de quien se hizo gran amigo, frecuentó los clubs más frenéticos, llegando a recriminar a su amigo Maximiliano (Robespierre) el que se hubiera pasado a los realistas ¡En su opinión, «*toda la sangre derramada me parecía poca para reformar una sociedad que no era de mi gusto, y estimaba*

lo mejor hacerla desaparecer en la guillotina». Para reírse de Dios —cuya simple nominación era un insulto a la Razón— llegó a inventar junto con Marchena uno particular, irrisorio, del que se mofaban, y al que llamaban Ibrascha.

Otro recurso habitual del novelista para aludir a los sucesos revolucionarios de Francia, en este caso de 1789, son las referencias propiamente históricas que permiten al mismo tiempo delimitar cronológicamente los períodos en que transcurre la acción. Las alusiones por ejemplo al Conde de Aranda, que condenó desde el principio la guerra con la República³¹, o la Paz de Amiens que no fue más que una tregua³², son datos fácticos diferentes a cuando Calpena, protagonista de la tercera serie de los Episodios, recordaba las imágenes que había visto de Voltaire o de Talleyrand³³. En uno u otro caso, el narrador por sí mismo o por boca de alguno de sus personajes³⁴ se permite comparar la experiencia revolucionaria española con la de los movimientos extranjeros³⁵, asumir lo mejor de éstos³⁶ o, simplemente, expresar su reprobación y desencanto. Galdós —viajero por Europa— era consciente de que España se hallaba dentro de una realidad geográfica concreta cuyas influencias no le podían ser ajenas a pesar del grado de aislamiento no ya peninsular sino de todo el continente³⁷. Y en cuanto a las diferencias entre España y otras potencias europeas, antes o después de la Revolución, el autor de *Los Episodios* tenía muy claro que «las cuestiones que España tenía con Francia o con Inglaterra eran siempre porque alguna de estas naciones quería quitarnos algo, en lo cual no iba del todo descaminado»³⁸. Esta forma sencilla, llena de sentido común y por ello tan indiscutible, es la que caracterizará el análisis del pasado en la obra galdosiana³⁹.

La Fontana de Oro

Primera novela de Galdós —«libro con cierta tendencia revolucionaria»— es un estudio magnífico de la Revolución española, que comienza con las últimas boqueadas del absolutismo fernandino, trata sobre todo el triunfo del liberalismo, y termina con el retorno a la tiranía. En el preámbulo a la misma, que el autor escribió en 1870, puso de relieve en este sentido que «los hechos históricos o novelescos contados en este libro se refieren a uno de los períodos de turbación política y social más graves e interesantes en la gran época de reorganización que principió en 1812 y no parece próxima a terminar todavía. Mucho después de escrito este libro, pues sólo sus últimas páginas son posteriores a la Revolución de septiembre, me ha parecido de alguna oportunidad en los días que atravesamos, por la relación que pudiera encontrarse entre muchos sucesos aquí referidos, y algo de lo que aquí pasa; relación nacida, sin duda, de la semejanza que la crisis actual tiene con el memorable período de 1820-1823»⁴⁰. Es el estado de *crisis revolucionaria constante* que caracterizará al siglo XIX español lo que el autor de los *Episodios* y de las *novelas contemporáneas* se decidirá a escribir a partir de esta primera novela, contando sus «hechos históricos y novelescos». Por *La Fontana de Oro* desfilan ideas, discursos revolucionarios, actuaciones de *clubs*, alusiones a libros extranjeros⁴¹, e incluso animales domésticos como aquel gato que se llamaba «Robespierre». Bozmediano tenía presente que «la irrupción de costumbres francesas, verificada con la

venida de la dinastía nueva, a principios del siglo XVIII, modificó ésta como otras cosas», y que «con la sociedad nueva vino la moda nueva»⁴². Y Lázaro, el protagonista de la novela, romántico que profesa el liberalismo más agudo e incondicional, que sabe que la Revolución «necesita estas medidas prontas y decisivas», confiesa sin embargo que «yo no quiero para mi Patria los horrores de la Revolución Francesa. Después de un terror no puede venir sino la dictadura. Yo no quiero que pase aquí lo que en Francia, donde, a causa de los excesos de la Revolución, la libertad ha muerto para siempre»⁴³. Por encima de todo, «era preciso enseñar a los franceses que no debía haber otro Ra-vaillac»⁴⁴.

«El Audaz», la novela de la Revolución

El Audaz, cuyo subtítulo es el de «historia de un radical de antaño», fue escrita por Pérez Galdós en 1871, y su acción se sitúa en 1804, con amplias referencias a los movimientos revolucionarios de finales del Setecientos⁴⁵. El protagonista, Martín Martínez Muriel, de ideas radicales y revolucionarias, tiene amigos volterianos, y es un entusiasta de la experiencia revolucionaria francesa. La imaginación arrebatada del joven Muriel fue «una tierra fecundísima en que las nuevas ideas germinaron con asombroso desarrollo. El espíritu revolucionario, explosión de la conciencia humana, se mostró en él rudo, implacable, radical, sin la depuración que después han traído el estudio y el mejor conocimiento del hombre. La abolición de privilegios, la legación del derecho divino, la soberanía nacional, los derechos del hombre. He aquí los grandes problemas planteados en aquellos días. El que conozca la Sociedad de entonces disculpará la exageración. Fuerza es que la disculpemos a Muriel, que al recoger aquellas ideas experimentó el único goce de su espíritu»⁴⁶. Este profesaba a la nobleza un odio vivísimo, y «devoraba cuantos describieron y comentaran la Revolución Francesa..., en su mente el hecho horrible se sublimaba al contacto de la noble idea; perdíase en una contemplación sin fin, durante la cual se le representaban en la fantasía los caracteres y los hechos de la pavorosa catástrofe; y cuando concluían sus éxtasis, era para dar lugar a una inquietud extraordinaria». Todos sus sentidos estaban obsesionados por una idea: la Revolución⁴⁷. Junto a él, el franciscano Fray Jerónimo de Matamala, «sabía muy bien lo que eran los derechos del hombre, y conocía todos los argumentos del ateísmo; conocía a Rousseau y aún algo más; pero afectaba una ignorancia absoluta de tan peligrosas materias»⁴⁸, y desde Ocaña sostenía correspondencias «muy activas». Estaba convencido de que «los privilegios se han de acabar aquí, como se acabaron en Francia, y o mucho me engaño, o ese día no está lejos», ante la sorpresa del mismo Muriel que «se admiró de encontrar tan revolucionario a quien se había figurado como un señor muy beato, enemigo, como la mayor parte, de las cosas *extranjeras*»⁴⁹. El capítulo III de la novela se titula incluso «La sombra de Robespierre»⁵⁰, y por él vagan los demonios de los grandes revolucionarios franceses, de la misma manera que también campean por esta novela de acción los nombres de sus inspiradores teóricos, el barón de Holbach o D'Alembert, Don Lamberto para entender⁵¹.

La ola revolucionaria en «Angel Guerra»

Veinte años después de escribir *El Audaz*, en 1891 puso Galdós punto final a su novela *Angel Guerra*, una de las más amadas por el autor⁵². Aunque la vida del protagonista ahora transcurre en los años de la Restauración⁵³, una época ciertamente muy diferente de la de principios de siglo o de la de finales del XVIII, el espíritu de protagonista es enteramente revolucionario: le impresiona el dolor y la injusticia, cree que es urgente la *reforma* de la sociedad y que hay que derribar las viejas costumbres para construir un nuevo mundo... Su revolucionarismo idealista, de corte moral y religioso, tendrá un carácter sin embargo diferente del de los anteriores protagonistas de la revolución en las novelas mencionadas. Es también mucho más humana. A sus treinta años confiesa que «en la edad peligrosa cogíome un vértigo político, enfermedad de fanatismo, ansia instintiva de mejorar la suerte de los pueblos, de aminorar el mal humano..., resabio quijotesco que todos llevamos en la masa de la sangre»⁵⁴. Era, en realidad, de los que no temían que los demás les hicieran «*fu*, llamándoles *la hidra demagógica y la ola revolucionaria*»⁵⁵. Sus ideas no ya sobre la revolución sino sobre la Historia diferían completamente de las de la gente sencilla, representada por Dulce, que «no comprendía el interés de la Historia, la filosofía de los hechos graves que afectan a la colectividad, interés a que no puede sustraerse el hombre de estudio, máxime si ha intervenido en tales hechos. Dulce creía que era más importante para la Humanidad repasar con esmero una pieza de ropa, o freir bien una tortilla, que averiguar las causas determinantes de los éxitos y fracasos en la labor instintiva y fatal de la colectividad por mejorar modificándose»⁵⁶. Insistiendo en esta doble caracterización o visión de las cosas por parte de Angel o de Dulce, Don Benito no puede resistir entrar en el tema, y terminará diciendo que «La Humanidad no sabe aún qué es lo que precede ni qué es lo que sigue, cuáles fuerzas engendran y cuáles conciben. *Rompecabezas inmenso: ¿el pan se amasa para las revoluciones o por ellas?*». El relativismo al juzgar los hechos —el de las explosiones revolucionarias, por ejemplo— es evidente: «el pueblo se degrada a los ojos de la Historia según las circunstancias. Antes de empezar, nunca sabe si va a ser pueblo o populacho»⁵⁷. Y, por supuesto, «*todo el pelo que se puede echar en España con las revoluciones lo echaron los del 68, y ya no hay más pelo que echar por ese lado*»⁵⁸.

La revolución europea de 1830

En la ya aludida tertulia de Jenara, los «temas de política extranjera» ocuparon durante mucho tiempo la atención primordial de los asistentes, sobrepasando al «grave de nuestros negocios»⁵⁹. Concretamente el asunto de la Revolución de Julio —«asunto socorridísimo que dio para todo el verano y otoño»— junto con los de Grecia, Polonia y el reconocimiento de Luis Felipe fueron los que polarizaron las conversaciones de los contertulios. Estos, por otra parte, estaban al tanto de «muchas particularidades desconocidas del público y aún del Gobierno», y allí leían algunas cartas venidas de Francia aunque «no ciertamente con intento de conspirar». Comentaban igualmente las ordenanzas de Polignac contra los periódicos, estando de acuerdo en que «de las ruinas de la Prensa nacen las barricadas»⁶⁰. Lo más interesante de todo en este Episodio de

Los Apostólicos es que su autor relaciona íntimamente la oleada de libertad desencadenada en Europa con la lucha de los emigrados españoles contra el absolutismo, pues «el buenazo de Luis Felipe, viendo que aquí no le querían reconocer como Rey de los franceses, abrió la frontera a los emigrados y aún dícese que les dio auxilio y adelantó algunos dineros». Lo que hizo que Mina y otros «andantescos de la Revolución» entraran en la Península, hasta que el Gobierno cayó en la cuenta de que debía reconocer a Luis Felipe, y fue entonces cuando Francia cerró las fronteras y se acabaron las partidas. La *cuestión polaca*, muy especialmente, se convirtió en una moda, y todo el mundo compadecía al «pueblo mártir, amarrado, desnacionalizado, cesante de su soberanía» llegando al sentimentalismo al tiempo que se hacían versos y cantatas innumerables con el título de *Lágrimas de Polonia*. Las escenas revolucionarias que tuvieron lugar en Francia y en Europa en el mes de julio de 1830 debieron estar muy presentes en Pérez Galdós, cuando éste, a finales de 1903, comenzó la redacción de un nuevo Episodio de la cuarta serie dedicado a los sucesos revolucionarios de España que siguieron a 1852 —la revolución de 1854— y al que titula incluso *La Revolución de Julio*. En él su autor traza magistralmente la anatomía del proceso revolucionario español de este año, pero en el que es claramente deudor de sus conocimientos y lecturas sobre la revolución de 1830 y la posterior de 1848. El novelista conoce perfectamente «a esos *elementos*: son los que alborotan siempre, hoy en este sentido, mañana en el otro»⁶¹. Desde la Exposición Universal de Londres los protagonistas españoles del Episodio hablarán de España; «de este país tan pobre y tan atrasado... Entre paréntesis, aquí no tienen idea de la penosa impresión que a los que venimos al extranjero nos causa el llegar a Madrid y ver el *sistema* primitivo de recoger las basuras»⁶². En suma, los españoles que conversaban de este manera echaban en falta el que en la Península se hubiera producido la *revolución industrial*, y acababan *siempre* diciendo que «estamos muy atrasados»⁶³.

Las tormentas del 48

En las *Memorias* de José García Fajardo —protagonista de la novela autobiográfica *Las tormentas del 48*— nos presenta Galdós cuáles podían ser los alimentos espirituales que nutrían al revolucionario «a la Europea» que venía a España procedente del extranjero: Gibbon, Ugo Foscolo, Pellico, Cesare Balbo, Cesare Cantú, Helvecio, Condillac, Manzoni, las *Ideas sobre la Historia de la Humanidad* de Herder o el libro de Pierre Leroux, *De l'humanité, de son principe et de son avenir*⁶⁴. Evidentemente estamos ante un nuevo «revolucionario» y ante una nueva generación de rebeldes, que se permitían escribir hasta sobre el *Risorgimento dell'Italia una e libera*⁶⁵. Uno de éstos, en una de las tertulias madrileñas, llegaba a «hacer gala de suficiencia y de hallarse muy al tanto de las ideas que en la actualidad *agitan a los pensadores europeos*, y como la *idea del día* es el liberalismo papal y la filosofía histórica de Gioberti y de Balbo» tenía asegurada la audiencia sobre las que sus *lecciones* caían como «un pedrisco de erudición»⁶⁶. Y en lo que se refiere a las *noticias de Francia*: «son cada día más interesantes y en ellas palpita el drama político, tan del gusto de estos pueblos imaginativos y apasionados»⁶⁷. De nuevo se había

proclamado la República, el rey había huido y se habían levantado barricadas. Las noticias de la revolución que «llegan aquí como páginas epilógicas del sangriento poema del 93» eran en Madrid «muy comentadas, con evidente exaltación de la susceptibilidad española» y con el temor de algunos partidarios de «poner una aduana de ideas en la frontera para que no pase acá la dolencia revolucionaria, ni se nos cuelen en España esas malditas *utopías*». Según el autor de las *Memorias* —que lo consigna en el escrito correspondiente al día 3 de marzo— lo que consolaba a muchos era que al frente de la República Francesa apareciera la figura del «dulce y tiernísimo» Lamartine, nombramiento de un poeta para tal cargo y que en la mentalidad española de la época era algo insólito. Pero la tormenta se extendía igualmente al reino de Nápoles, Piamonte, Roma, Hungría y Austria donde un «formidable pedrisco» derribaba el árbol corpulento de Metternich, así como a las «demás naciones»⁶⁸.

En toda Europa —siguen diciendo las *Memorias*— ha surgido la voz pavorosa del Socialismo, «la nueva idea que viene pujante contra la propiedad, contra el monopolio, contra los privilegios de la riqueza, más irritantes que los de los blasones». Y recapacitando en ello, llega a decir que «me siento *San-Simoniano*, y afirmo que el mundo es del pueblo, de todos, y que el derecho a los goces no es exclusivo de una clase privilegiada. La riqueza pertenece a los *trabajadores*, que la crean, la sostiene y aquilatan, y todo el que en sus manos ávidas la retenga, al amparo de un Estado despótico, detenta la propiedad, por no decir que la roba»⁶⁹. Quien dice esto, advierte naturalmente que comprende el «terror que causan estas ideas en la sociedad en que vivo. Yo, que antes no me cuidaba del Socialismo y sólo me servía de él para producir algún frívolo chiste en las conversaciones mundanas, ahora tiemblo ante el problema, monstruo cejijunto, de grosera voz y manos rapaces». Y es ya en esas conversaciones mundanas donde al pueblo —sigue diciendo el autor de las presentes *Memorias*— se les llama, «con supremo desdén», *las masas*. El mismo recuerdo de las lecturas de Fourier y Considérant le sugiere la idea de hacer un ensayo de la grande y nueva asociación humana dividida en los nuevos elementales estamentos: capital, trabajo, inteligencia; sobre cuya base se establecería un *falansterio* modelo. Naturalmente que detrás de todo el escéptico Don Benito —que escribe el Episodio en 1902— ridiculiza a la persona que exponía estas ideas aún cuando deja muy claro que «la tormenta que venga por Europa, de pueblo en pueblo, descargando aquí centellas, allá granizo, en una parte y otra eléctrico fluido que todo lo trastorna, ha de ser, andando el tiempo, furioso torbellino que arrase el vano edificio de nuestra propiedad, sin que contra él nos valgan falanges ni falansterios... ¿Tardará meses, años, lustros; tardará siglos?...»⁷⁰. Pérez Galdós, que desde la perspectiva ya del nuevo siglo sabe del fracaso de la revolución del 48, anuncia proféticamente que la revolución, ésta de *las masas* y de los *trabajadores*, tendrá que producirse más tarde o más temprano en los distintos pueblos de Europa. La historia posterior habría de darle plenamente razón. *Las Tormentas del 48* se presentan en este sentido como la narración de contenido más europeísta de la revolución de toda la obra galdosiana⁷¹.

La revolución «a la española»

Los *Episodios Nacionales* y, en menor grado, las *Novelas Contemporáneas* constituyen la mejor crónica de la *revolución española* del siglo XIX, con sus altibajos, con su retórica, con su discutible autenticidad, con su falta de grandeza y, en suma, con su mísera realidad. Las alusiones a los movimientos revolucionarios europeos sirven al autor para distinguir claramente su alcance y significación del de los españoles, mucho más débiles, y siempre menos burgueses, menos socialistas y mucho más primitivos. Como nos dice de los rebeldes andaluces que asolaban revolucionariamente los campos la causa de ello era sencillamente el hambre: «—¿Qué pedían los valientes revolucionarios del Arahál? ¿Pedían libertad? No. ¿Pedían la Constitución del 12 o del 37? No. ¿Pedían acaso la Desamortización? No. Pedían pan..., pan..., quizás en forma y condimento de gazpacho... Y este pan lo pedían llamando al pan democracia, y a su hambre reacción... Quiere decirse que para matar el hambre, o sea la reacción, necesitaban democracia, o llámese pan para mayor claridad... No creáis que aquella revolución era política, ni que reclamaba un cambio de Gobierno... Era el movimiento y la voz de la primera necesidad humana: el comer»⁷². Y cuando magistralmente el autor de *Los Episodios* trata al comienzo de éstos la anatomía de un tumulto revolucionario lo que destaca en éstos es el griterío de la *turba* y la multiplicación de los *alborotadores*⁷³. El novelista sabía muy bien que una revolución no se hace sin dinero⁷⁴, y ¿dónde lo tenían los revolucionarios españoles? Por esta razón, y por la misma candidez entusiasta de sus protagonistas, los movimientos revolucionarios españoles terminaban en adefesios⁷⁵.

La Revolución «a la española» era en sustancia la obra más o menos precipitada o inmadura del conspirador romántico o incluso del profesional que conspirará «por que se lo pide el cuerpo, porque el conspirar es en él alivio de penas, venganza de la injusticia y fuente de risueñas esperanzas» o incluso «también por patriotismo, para que la Nación saliera de tantas desventuras»⁷⁶. Y naturalmente que lo hacía porque «como no tenía ocupaciones de oficina ni de nada, se pasaba el día charlando de la conspiración con sus amigos viejos o con los nuevos que en el campo democrático le habían salido. El rincón de un café, el cuchitril de una portería o las negras estancias de una mala imprenta eran sus logias, y cuando no se terciaba el arrimo a cualquier *tertulia revolucionaria*, satisfacía su anhelo en los corrillos de la Puerta del Sol, conventículo habitual de cesantes». Estos últimos, los *cesantes*, junto con los militares descontentos con sus propios ascensos y con la presencia del pueblo se convertirán en decisivos colaboradores de la obra revolucionaria de los agitadores o en los principales soportes de los *pronunciamientos*, verdadera «enfermedad nacional»⁷⁷. En cualquier caso es enorme la dosis de ingenuidad de cada movimiento revolucionario, lo mismo que las ideas de sus protagonistas, que no pierden nunca la esperanza de la revolución, y que lo esperan todo de la inminente algarada o del próximo pronunciamiento. Como discursaba uno de los personajes galdosianos —Don José del Milagro, en su gallinero del café—: «yo sostengo, yo aseguro, yo declaro que en la gravísima situación de la patria, en el terrible conflicto de la Libertad, en este deplorable caos a que nos han traído los errores de unos y otros, no veo, no vislumbro, no puedo imaginar otro

remedio ni otra salvación y el remedio que he tenido el honor de exponer..., llegará día en que la necesidad de conservar la vida inspire a todos la idea de volver los ojos al *hombre de septiembre* en Madrid, al *hombre de diciembre* en Luchana, al *hombre de junio* en Peñacerrada, al *hombre de mayo* en Guadarrama, al *hombre*, en fin, *de todos los meses del año* en la patria Historia... Deseemos, pues, que la confusión aumente, que vengan injurias de unos a otros, bofetadas y palos, y tras los palos, tiros, y tras los tiros, el pronunciamiento decisivo del sentido común contra las tonterías y los crímenes. He dicho»⁷⁸. Don Benito es siempre un excelso maestro cuando describe la *técnica española* del golpe de Estado o de la asonada revolucionaria, y siempre a remolque de las directrices o de los movimientos europeos, de los que le separan multitud de diferencias y matices. La conclusión es siempre la misma: el desengaño, el escepticismo impuesto por la realidad, el fracaso en definitiva de la Revolución. Lo dice con amargura el protagonista de *La Revolución de julio*: «mis ilusiones de ver a España en camino de su grandeza y bienestar han caído y son llevadas por el viento. No espero nada; no creo nada... La página histórica tras la cual corrí, resúltame ahora como pliego de aleluyas o romances de ciego. ¿Será que mi mente ha caído en la dolencia de remontarse y picar muy alto, o que los hechos y los hombres son por sí sobradamente rastreros y miserables?»⁷⁹. El mencionado protagonista amaba lo grande y hermoso, desdeñaba las tintas medias, como la clase media y la moral media, y por eso el recuerdo de una «batalla de *aficionados* en el campo casero me lleva al ardiente afán de presenciar un Austerlitz o algo semejante», o mirar hacia las ambiciones de un Cromwell o un Bonaparte⁸⁰.

Sobre las fuentes galdosianas para la historia de los movimientos revolucionarios de Europa

Es de sobra conocido que, a pesar de la significación historiográfica monumental de la obra de Galdós, algunos críticos de su época y posteriores han minusvalorado la información histórica del autor⁸¹. Muchos —empezando por Baroja quien le negó hasta las menores cualidades de investigador porque «ha tomado la historia hecha en los libros» y no había frecuentado los archivos— le han echado en cara que leía poco, que no le interesaban los libros y que tenían escasa base científica⁸². Otros, por el contrario, han intentado contrarrestar estas afirmaciones⁸³, pero, a la vista de las reflexiones galdosianas sobre los movimientos revolucionarios europeos es indiscutible que no es necesario acudir a los anaqueles de la propia biblioteca de Don Benito⁸⁴ para confirmar su información sobre los sucesos en fuentes bien contrastadas. Estas, como es bien conocido, eran de tipo muy diverso: bibliográficas, información oral y «archivos vivos»⁸⁵. Entre las primeras, y en lo que respecta a la cuestión de los movimientos revolucionarios de Europa, Pérez Galdós conocía sin lugar a dudas lo que habían escrito los clásicos sobre el tema: Michelet, Madame de Staël, Lamartine, Guizot, Thiers, Louis Blanc aparte de las teorías de los socialistas románticos. Y, por supuesto, las obras de historia universal y de Europa traducidas muchas de ellas al español por aquellos con tanta prodigalidad o las escritas por los mismos españoles⁸⁶, están en la base de la información galdosia-

na que para sus objetivos —la obra de un novelista— eran más que suficientes. Las referencias concretas a obras como las de Herder, Laurent, César Cantú y, muy particularmente, Lamartine y Thiers son una muestra de ello. De cualquier forma el gran mérito de Galdós, la gran importancia de su investigación donde reside es en el gran acierto al estudiar los personajes encardinados a los hechos y entrando hasta lo más hondo de su mentalidad. Y lo que nos maravilla es cómo llegó a abarcarlo todo: el hecho histórico, el incidente ignorado, las acciones militares, las intrigas políticas, las costumbres y las inautenticidades de los mismos protagonistas de la revolución⁸⁷.

Nota final: Los demonios de Don Benito ante la Revolución

No es necesario destacar el valor de la obra galdosiana como fuente histórica general del pasado decimonónico de España⁸⁸, para comprender la extraordinaria aportación tanto de los *Episodios* como de las *Novelas contemporáneas* al conocimiento de la realidad revolucionaria. Y ésta evidentemente tiene que ser enmarcada dentro del cuadro de la historia de Europa, sin la cual no es posible su comprensión. En su visión, matizada de mil formas por la sabia contraposición de los personajes, está presente el cronista, teóricamente progresista pero en la práctica conservador, con todos sus demonios (muchos de ellos injustamente fundados y atribuidos con manifiesta parcialidad), pero sin que podamos echarle en cara ni desconocimiento de la realidad, ni manipulación de ésta, ni sectarismo malicioso, ni ausencia de historiador ni siquiera falta de objetividad. En sus *Historias* —y éstas son las palabras con las que Menéndez Pelayo le presentaba a un público temeroso de demonios de 1897— «están representados todas las castas y condiciones, todos los oficios y estados, todos los partidos y banderías, todos los impulsos buenos, malos, todas las heroicas grandezas y todas las extravagancias, fanatismos y necedades que en guerra, en paz, en los montes y en las ciudades, en el campo de batalla y en las asambleas, en la vida política y en la vida doméstica, forman la trama de nuestra existencia durante el período exuberante de nuestra vida desordenada...»⁸⁹. Una trama de nuestra existencia ésta de la que era consustancial la revolución, y de la cual fue Don Benito Pérez Galdós excepcional cronista sin ser historiador de profesión.

NOTAS

¹ No existe un repertorio bibliográfico exhaustivo puesto al día sobre la publicística revolucionaria de la época aparecida en España a lo largo del siglo XIX. La *Bibliografía de las guerras carlistas y de las luchas políticas del siglo XIX* de Jaime del Burgo (Pamplona, 1956-1966, en tres volúmenes y dos suplementos) es de un valor instrumental fundamental. Puede ser también de interés el trabajo de J. S. PÉREZ GARZÓN, *La revolución burguesa en España: los inicios de un debate científico, 1966-1979*. En «X Coloquio del Centro de Investigaciones Hispánicas de la Universidad de Pau», Madrid, 1980, pp. 91-138.

² Hombres, en efecto, como Flórez Estrada, Martínez de la Rosa, Alcalá Galiano, Conde de Toreno, Modesto Lafuente, Donoso Cortés, Garrido, Castelar, Morayta, entre los españoles, que

escribieron sobre la Revolución son también protagonistas y personajes galdosianos. Cfr. el *Ensayo de un censo de los personajes galdosianos comprendidos en los «Episodios Nacionales»* de Federico Carlos Sainz de Robles (ed. de *Obras Completas* de Aguilar, 1968, por la que citaremos en adelante, III, 1411-1873) con los tratadistas españoles del fenómeno revolucionario europeo y particularmente francés en M. MORENO ALONSO, *La Revolución Francesa en la historiografía española del siglo XIX*, Sevilla, Publicaciones de la Universidad, 1979.

³ Cfr. la bellísima semblanza de Benito Pérez Galdós por «Clarín», escrita en Madrid en 1889, y reproducida en el libro B.P.G. *El Escritor y la crítica*, ed. de Douglas M. Rogers, Taurus, 1979, pp. 21-40. La carta «biográfica», con datos de su infancia, enviada por el escritor a Leopoldo Alas decía, entre otras cosas, que «en los tres o cuatro años que precedieron a la revolución del 68 se me ocurrían a mí unas cosas muy raras», y que «en el 67 se me ocurrió escribir *La Fontana de Oro*, libro con cierta tendencia revolucionaria. Lo empecé aquí y lo continué en Francia; al volver a España, hallándome en Barcelona, estalló la revolución, que acogí con entusiasmo», pp. 31-32.

⁴ Cfr. M. MORENO ALONSO, *La Revolución española de 1868 en Inglaterra*, «Revista de Historia Contemporánea» (Sevilla, 1983), n.º 2, pp. 49-93.

⁵ *Memorias de un desmemoriado*, ed. de *Obras Completas (Novelas, y Miscelánea*, que en adelante citamos por la ed. de 1973), III, 1430 y ss.

⁶ Benito Pérez Galdós, ed. cit., de Douglass M. Rogers, p. 33.

⁷ J. RODRÍGUEZ-PUÉRTOLAS basándose fundamentalmente en *Fortunata y Jacinta* ha trazado algunos rasgos de la cosmovisión burguesa de la sociedad galdosiana en los comienzos de la Restauración, destacando el protogonismo revolucionario del tío de Fortunata José Izquierdo —siendo sintomática la ironía galdosiana al llamar «Izquierdo» al personaje— que había participado en todos los movimientos del siglo XIX en su segunda mitad: motín revolucionario de 1854 que llevó al poder a la Unión Liberal; en la sublevación popular de 1856; en la del cuartel de San Gil de 1866; en la Gloriosa o en la Revolución anarquista de Alcoy..., que actúa sin embargo con manifiesto desenchaje ideológico y social (*Galdós: Burguesía y Revolución*, Madrid, 1975, pp. 13 y ss.).

⁸ En *La segunda casaca*, expone que «era tristísimo que los que nos habíamos embarcado en la Revolución, aceptando sus hechos y renegando *in pectore* de sus principios, viésemos frustrados nuestros honrados planes»; y que «nosotros no éramos Robespierres ni Marats; nosotros no queríamos cortar la cabeza a nadie. Queríamos sencillamente adaptar la Revolución a nuestra voluntad, aprovecharnos de ella, encauzarla en el lecho de nuestras ideas, haciendo de la hidra espantosa una flexible y condescendiente cortesana» (*Episodios*, I-1428).

⁹ La revolución del 68 —llamada pomposamente la «Gloriosa»— fue sin lugar a dudas la más espectacular del siglo en España, y como tal fue juzgada por sus protagonistas y contemporáneos (por ejemplo, J. MAÑÉ y FLAQUER, *La revolución de 1868 juzgada por sus autores*, Barcelona, 1876), aun cuando sus conquistas fueron en realidad bastante modestas, de lo que el primero en darse cuenta fue el mismo Galdós. Cfr. M. TUÑÓN DE LARA, *El problema del poder en el sexenio (1868-74)*, «Estudios sobre el siglo XIX español», Madrid, ed. 1976, pp. 83-151.

¹⁰ José Alcalá Galiano, más tarde amigo y compañero de viaje de Galdós por Europa, escribió para la *Revista de España* (1871) una detallada reseña de *La Fontana de Oro* en la que, en efecto, elogia al autor por haber elegido como asunto de su novela no el pasado remoto sino una «época media», en la que el interés histórico se unía a las ventajas de la exposición realista al tiempo que aconsejaba a nuestros novelistas la realización de una *novela nacional* ambientada en esta época a imitación de lo que se hacía en Europa (Cfr. H. HINTERHÄUSER, *Los «Episodios Nacionales» de B. Pérez Galdós*, Madrid, 1963, p. 35).

¹¹ *España sin rey (Episodios*, III, 801-802).

¹² *Cádiz* (I-859).

¹³ *Trafalgar*, I, 209.

¹⁴ *Trafalgar*, I, 282.

¹⁵ *Don Ramón de la Cruz y su época (Novelas, y Miscelánea*, III, 1228-1254).

¹⁶ Don Beltrán de Urdaneta aparece como personaje típicamente galdosiano en *Luchana, La Campaña del Maestrazgo, La estafeta romántica, Vergara, Los Ayacuchos, Carlos VI en la Rápita, Prim, y España sin Rey*. Desde un punto de vista generacional resulta interesante comparar su mentalidad con su hijo don Federico y sobre todo con su nieto Don Rodrigo de Urdaneta Idiáquez.

¹⁷ *Luchana*, II, 704.

¹⁸ *La Primera República*, III, 1115. Galdós al «novelar» la experiencia advertirá que «la historia de aquel año (1873) es selva o manigua tan enmarañada que es difícil abrir caminos en su densa vegetación. Es en parte luminosa, en parte siniestra y obscura, entretejida de malezas con las cuales lucha difícilmente el hacha del leñador».

¹⁹ *El Grande Oriente*, I, 1467.

²⁰ *El Terror de 1824*, I, 1738.

²¹ *La de los tristes destinos*, III, 700.

²² *La segunda casaca*, I, 1411. En el *Episodio*, Monsalud advertirá con el realismo hispano tan característico que «yo no vengo aquí a proclamarme revolucionario», ni «soy ni siquiera revolucionario», y «quiero permanecer en la obscuridad el día del triunfo». Su sistema político lo cifraba en la prudencia, reformas sabias, respeto al Rey, y *mucho, mucho orden*.

²³ *El Grande Oriente*, I, 1521. Galdós cita de forma erudita el caso de Lucas Francisco Mendiola, quien en la «populosa» ciudad de Málaga concibió el plan de establecer la República, como «consta en la proclama que imprimió, encabezada con las mágicas palabras República española y firmada por Un Tribunal del Pueblo», siendo hecho preso en 1821.

²⁴ *De Oñate a la Granja*, II, 563. «Todos estos niños zangolotinos que hablan de Benjamín Constant, de Thiers, Guizot, del Parlamento inglés y del *bill de indemnidad* me apestan».

²⁵ *Los Apostólicos*, II, 126. Lo que en el caso de España hubo fueron tertulias, estilo de la de Jenara, de color político bastante amarillo, que, desde luego, «no era un centro liberalesco», y en donde la política se trataba en aquella casa «con toda discreción».

²⁶ *Los Apostólicos*, II, 124.

²⁷ *Los Apostólicos*, II, 137.

²⁸ En la obra de Galdós, la estructura externa es un factor importante tanto en relación con el marco espacial como con el temporal, que ha sido puesto de relieve por R. LÓPEZ-LANDY, *El espacio novelesco en la obra de Galdós*, Madrid, 1979, pp. 12 y 29.

²⁹ *La batalla de los Arapiles*, I, 1058.

³⁰ *Juan Martín el Empecinado*, I, 1018.

³¹ *Trafalgar*, I, 206.

³² *Trafalgar*, I, 203.

³³ *Luchana*, II, 701.

³⁴ La postura normal de Galdós frente a sus criaturas novelescas suele ser la de «cronista» que no tiene por qué ocultar su voz, y en consecuencia no participó de la gran obsesión de los naturalistas franceses de su tiempo: el prurito de objetividad y de alejamiento. Galdós asume el viejo papel del novelista «omnisciente y omnipresente», pero utilizando sabiamente diferentes recursos en el arte de narrar (Cfr. el muy interesante trabajo de M. BAQUERO GOYANES, *Perspectivismo irónico en Galdós*, en la obra ed Por Douglas M. Rogers, pp. 122-123).

³⁵ *La Segunda casaca*, I, 1426. Los «revolucionarios» españoles iban buscando en muchos casos la «marimón de los destinos», y como tal sus objetivos eran muy diferentes de los predicados por Robespierre. Por eso alguna vez sería necesario... «que salgan por esas calles gritando: «¡Vivan Robespierre y la guillotina!», y acabaremos de una vez».

³⁶ *La segunda casaca*, I, 1427-8. Los revolucionarios de buena fe, o al menos los sinceros y honrados, admitían que ellos no eran ni Robespierres ni Marats, y lo único que querían era «adaptar la Revolución a nuestra voluntad, aprovechamos de ella». Sin embargo, para los reaccionarios —y también para quienes querían continuar con la *mamancia* como antes— «la Revolución no triunfará porque estamos decididos a aplastarla... Si es preciso iremos más allá..., y buscaremos a los astutos Robespierres, a los violentos Dantonazos, a los sanguinarios Marates y los entregaremos a la Inquisición...». En cierto modo eran aquellos quienes consideraban a los rebeldes españoles como a éstos últimos con manifiesta hipérbola y supervaloración.

³⁷ *Trafalgar*, I, 184. Europa es representada como «una gran isla, dentro de la cual estaban otras islas, que era las naciones; a saber: Inglaterra, Génova, Londres, Francia, Malta, la Tierra del Moro, América, Gibraltar, Mahón, Rusia, Tolón, etc. Yo había formado esta Geografía a mi antojo según la procedencia más frecuente de los barcos con cuyos pasajes hacía algún trato».

³⁸ *Trafalgar*, I, 221.

³⁹ Cfr. J. BEYRIE, *Galdós et son mythe. Liberalisme et Christianisme en Espagne au XIXème siècle (1843-1873)*. These présentée devant l'Université de Toulouse II. Reproduction des Theses. Université de Lille III, Lille 1980, vol. I, 257 y ss., y también vol. I, pp. 326 y ss.

⁴⁰ *La Fontana de Oro*, I, 10.

⁴¹ *La Fontana de Oro*, I, 13. Valga por ejemplo la librería que se abría junto a la tienda del irlandés, «en cuyo mezquino escaparate se mostraban, abiertos por su primera hoja, algunos libros, tales como la *Historia de España*, por Duchesnes; las novelas de Voltaire, traducidas por autor anónimo; *Las noches*, de Young; el *Viajador sensible*, y la novela de Arturo y Arabella, que gozaba de gran popularidad en aquella época. Algunas obras de Montiano, Porcell, Arriaza, Olavide, Feijoo...».

⁴² *La Fontana de Oro*, I, 97.

⁴³ *La Fontana de oro*, I, 171.

⁴⁴ *La Fontana de Oro*, I, 86.

⁴⁵ El gran crítico Eugenio de Ochoa, en carta al director de *La Ilustración* de Madrid (n.º 42), que Galdós publicó como preámbulo a la novela, señaló en términos de grandes elogios que el autor hizo bien «en esgrimir su pluma contra la hipócrita sociedad de fines del siglo pasado y principios del presente» (*El Audaz*, I, 234).

⁴⁶ *El Audaz*, I, 238.

⁴⁷ *El Audaz*, I, 240.

⁴⁸ *El Audaz*, I, 243.

⁴⁹ *El Audaz*, I, 249.

⁵⁰ *El Audaz*, I, 256-265.

⁵¹ *El Audaz*, I, 301.

⁵² Cfr. la bella evocación de «Angel Guerra y Toledo» en *Memorias de un desmemoriado*, cuando nos dice Don Benito que «seguía refiriendo las culminantes escenas de la obra que escribía, cuando de improviso observé que hablaba solo» (III, 1453).

⁵³ Cfr. P. A. BLY, *Galdós's Novel of the Historical Imagination. A Study of the Contemporary Novels*. Liverpool, 1983, pp. 152-164. La obra no es otra cosa que el ensayo de escape de la sociedad contemporánea y de la historia de un individuo para buscar otros valores.

⁵⁴ *Angel Guerra*, III, 16.

⁵⁵ *Angel Guerra*, III, 20.

⁵⁶ *Angel Guerra*, III, 21.

⁵⁷ *Angel Guerra*, III, 22.

⁵⁸ *Angel Guerra*, III, 35.

⁵⁹ *Los Apostólicos*, II, 126 y ss.

⁶⁰ *Los Apostólicos*, II, 128.

⁶¹ *La Revolución de Julio*, III, 18.

⁶² *La Revolución de Julio*, III, 20.

⁶³ *La Revolución de Julio*, III, 25.

⁶⁴ *Las tormentas del 48*, II, 1413, 1416, 1418.

⁶⁵ *Las tormentas del 48*, II, 1424.

⁶⁶ *Las tormentas del 48*, II, 1437.

⁶⁷ *Las tormentas del 48*, II, 1449.

⁶⁸ *Las tormentas del 48*, II, 1497.

⁶⁹ *Las tormentas del 48*, II, 1510.

⁷⁰ *Las tormentas del 48*, II, 1511. El autor de las *Memorias* continúa diciendo: «Me asalta el recuerdo de las teorías de Owen, que hoy, con las de Fourier y las de Saint-Simon levantan en el mundo amenazadoras borrascas. Rechazo con Owen todas las religiones, y establezco como fundamento moral de la sociedad la Benevolencia. Mi riqueza me hace benévolo. Imitando al filósofo inglés, erigiré una gran fábrica o manufactura al estilo de la *New Lanark*, entre mis felices y bien alimentados obreros practicaré todas las virtudes evangélicas... Seré apóstol, será el Verbo de la Benevolencia universal, y daré un ejemplo a mis contemporáneos y a las generaciones futuras para que sin dogma religioso aguarden tranquilas las revoluciones que se avecinan, y las deshagan como la sal en el agua... Heme aquí, señores de la Posteridad, en la mayor crisis de mi espíritu...» (II, 1511).

⁷¹ Pereda, en una carta a don Benito fechada en Polanco en 16 de junio de 1902, dirá de *Las Tormentas del 48* que «encuentro en ella poca dosis de *episodio*, y no me extraña, porque no es fácil reconcentrar en un punto y al alcance de la mano del narrador, sucesos ocurridos simultáneamente en tantos y tan apartados sitios de Europa; pero, en cambio como novela me enamora y la hallo tan fresca e interesante como las mejores de su inagotable autor» (*Cartas a Galdós*. Presentadas por Soledad Ortega, Madrid, 1964, p. 202).

⁷² O'Donell, III, 182. Cfr. sobre este particular M. MORENO ALONSO, *Historia General de Andalucía*, Sevilla, Ed. Argantonio, 1981, pp. 472 y ss.

⁷³ *El 19 de marzo y el dos de mayo*, I, 387.

⁷⁴ *La de los tristes destinos*, III, 721. «La Revolución, que es guerra de guerra, no se hace sin dinero».

⁷⁵ *Angel Guerra*, III, 21.

⁷⁶ *Las Tormentas del 48*, II, 1471.

⁷⁷ *Los Ayacuchos*, II, 1206.

⁷⁸ *Bodas Reales*, II, 1328.

⁷⁹ *La Revolución de Julio*, III, 82.

⁸⁰ *La Revolución de Julio*, III, 83.

⁸¹ Don Pedro Laín Entralgo por ejemplo reduce la información de *Los Episodios* a la *Historia de España* de Lafuente, aunque redactada «con mejor pluma» (*La Generación del 98*, Austral, 1947, p. 170).

⁸² Cfr. J. BLANQUAT, *¿Galdós, Humanista?* En «Actas del I Congreso Internacional de Estudios Galdosianos», Madrid-Las Palmas, 1977, pp. 43-59. Y en este sentido dos de sus grandes maestros serían el mismo Plutarco y Lamartine.

⁸³ H. Ch. BERKOWITZ, *La biblioteca de Benito Pérez Galdós. Catálogo razonado, precedido de un estudio preliminar*, Las Palmas, El Museo Canario, 1951.

⁸⁴ Entre las obras consideradas por los estudiosos de Galdós que éste pudo manejar más y algunas de las cuales están en su biblioteca están las de Alcalá Galiano, Dunham, Rico y Amat, Javier de Burgos, Castro y Serrano, Fernández de los Ríos...

⁸⁵ Cfr. P. FAUS SEVILLA, *La sociedad española del siglo XIX en la obra de Pérez Galdós*, Valencia, 1972, especialmente, pp. 25-45.

⁸⁶ Cfr. M. MORENO ALONSO, *Historiografía Romántica Española*, Sevilla, Publicaciones de la Universidad, 1979, pp. 309 y ss.

⁸⁷ Cfr. V. LLORÉNS, *Historia y novela en Galdós*, en «Cuadernos Hispanoamericanos» (Homenaje a Galdós), n.ºs 250-252, oct. 1970-enero 1971, p. 76.

⁸⁸ Cfr. C. SECO SERRANO, *Los «Episodios Nacionales» como fuente histórica* (En *Sociedad, Literatura y Política en la España del siglo XIX*, Madrid, 1973, pp. 275-317).

⁸⁹ Discurso de recepción en la Real Academia, 7 febrero 1897. En ed. de Douglass M. Rogers, *cit.*, p. 60. Según el presentador, «sin ser historiador de profesión ha reunido el más copioso archivo de documentos sobre la vida moral de España en el siglo XIX» (p. 72).